

El uso de las unidades de cuenta: todas las cautelas son pocas

Rafael López del Paso

Resumen: en esta nota se muestra la diferencia existente entre el billón español y el billón anglosajón, así como una serie de manifestaciones derivadas de su uso indistinto.

Palabras clave: unidades de cuenta, billón.

Códigos JEL: A20, Y10.

El desarrollo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs) nos han proporcionado el pasaje a un mundo globalizado, en el que a golpe de clic contamos con la posibilidad de trasladarnos en el tiempo y en el espacio, de asistir en tiempo real a cuanto acontece en los rincones más insospechados, de explorar campos ignotos de conocimiento y de generar y compartir información sobre todo aquello que nos resulta de interés o necesario para el quehacer diario. Sin embargo, como señaló Blaise Pascal hace más de trescientos años, los grandes movimientos, fruto de la acción humana, presentan controversias y no están exentos de miserias. El reinado del inglés como idioma en la Red ha abierto los cauces a la “innovación” lingüística, plasmada en el desarrollo de jergas diaspóricas y en el intrusismo y alojamiento de ciertos vocablos y de sus traducciones en nuestra lengua materna, que, como termitas sigilosas, han terminado desplazando a los ya existentes o utilizándose indiscriminadamente, en ciertos casos, con significados no coincidentes.

El fenómeno señalado alcanza un mayor protagonismo, aun si cabe, en el campo de la Economía, trasgrediendo procelosamente la parcela de las magnitudes y sus unidades de cuenta. Abonado por el anumerismo imperante en la sociedad, el sacrificio del número deriva en dismegalopsia, con efectos multiplicativos que desbordan los confines de lo plausible y lo razonable.

Manifestaciones no faltan, baste para ello señalar el extendido uso del billón anglosajón (mil millones) en términos equivalentes a su homónimo español (un



millón de millones), cuando el segundo contiene en 1.000.000.000 al primero. Incluso entre los máximos dirigentes económicos y políticos, y gobernantes de la lengua, cuando hacen uso de información no contrastada procedente de fuentes secundarias.

Situación de estupor se vivió tras la reproducción de un artículo de opinión de un reciente Premio Nobel en un importante medio de comunicación escrito costarricense, cuando al abordar los factores explicativos de la decadencia de Occidente señalaba que el gasto en defensa de los estados miembros de la Unión Europea superaba los 180 billones de euros (15 veces su PIB anual), en lugar de 180.000 millones de euros reales. Incidente análogo se registró en la presentación

de la página web de un ex presidente del Gobierno de España que, en su parte central, recogía una entrevista a la agencia Bloomberg en la que mostraba su preocupación por la situación de la economía griega y del peligro que ésta suponía para el futuro de Europa antes las ingentes ayudas recibidas, de 110 billones de euros (9,4 veces el PIB de 2009 de la UE-27), cifra muy por encima de los 110.000 millones acordados por la UE y el FMI.

La confusión ha trascendido a la actividad de los mercados bursátiles. Famosos son los episodios vividos en el parqué, como son la caída del Dow Jones, una de las más importantes desde su origen, por el error de un operador al interpretar el concepto de billón en el ejercicio de una opción de venta o la meteórica subida de la cotización de las acciones de Twitter ante el anuncio en Europa de la intención de compra de esta compañía por parte de Google por importe de 4 billones de dólares, en lugar de 4.000 millones, cuando el valor de mercado de la posible adquirente apenas superaba los 156.000 millones de dólares.

En la parcela deportiva, felices se las prometían los

dirigentes del para algunos considerado el mejor club de fútbol de la historia, cuando tomando el desayuno recibían la noticia del interés de un equipo inglés por hacerse con la sección de balompié por importe de un billón de euros, nada más y nada menos que aproximadamente el PIB anual actual de España.

La dimensión de la barbarie rozó lo estrambótico en un documental emitido por la cadena de televisión estatal española, donde se afirmaba, tras repasar las diferentes teorías interpretativas del origen del universo, que la población mundial superaba los 6 billones de habitantes, que no 6.000 millones. ¡Tantos! —se preguntaban los espectadores. De ser cierto este crecimiento poblacional espontáneo, muy probablemente, la crisis y el cambio climático se verían desbancados en la agenda de grandes cuestiones a tratar en las cumbres internacionales y asistiríamos al nacimiento de un importante yacimiento de empleo, en aquellas profesiones vinculadas a la ordenación del territorio y al aprovisionamiento de equipamientos e infraestructuras, con capacidad suficiente para erradicar el problema de paro que actualmente nos azota.